

¡PADRE NUESTRO!

(Breviario)

Vicente Medina



AÑO MCMXX

3-A-28

Padre nuestro!
(Breviario)

VICENTE MEDINA

Archivo M. Murcia



1008326
3-A-28



R. 10.570

Obras de Vicente Medina

POESÍA Volúmen de 512 páginas. Contiene toda la labor poética del autor hasta 1908, con doce juicios críticos de escritores ilustres.

LA CANCIÓN DE LA HUERTA Aires murcianos - Ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.

LA CANCIÓN DE LA VIDA Poesías con autobiografía.

ALMA DEL PUEBLO Primeros ensayos poéticos.

LA CANCIÓN DE LA MUERTE Cuadros en prosa - Páginas de intenso pesimismo.

ABONICO Poesía - Las cartas del emigrante Nuevos Aires murcianos.

CANCIONES DE LA GUERRA Poesía. Piadosa lamentación, queja angustiosa, protesta airada contra la locura sangrienta de los hombres. Esto es este libro.

TEATRO

El Rentó

La sombra del hijo

El alma del molino

! Lorenzo . . . !

OBRAS DRAMÁTICAS INÉDITAS

La pena duerme

La copla triste

El calor del hogar

En lo obscuro

Los pájaros

La fiesta del mar

El canto de las lechuzas

¡PADRE NUESTRO!

(BREVARIO)

Colección
de las
Obras Completas
de

VICENTE MEDINA

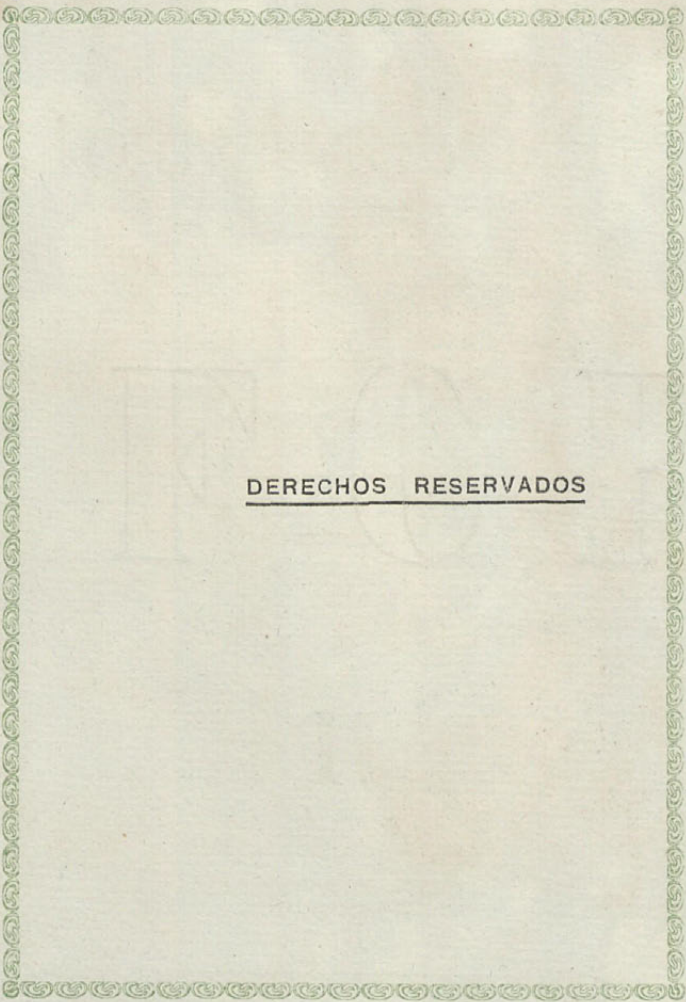
Editadas
por el propio
autor

II

Rosario de Santa Fé

(República Argentina)

Año 1920



DERECHOS RESERVADOS

¡Padre nuestro!

TODO está en nuestro espíritu...

Nuestro espíritu lo es todo...

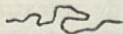
La vida material, sin espiritualidad es fútil y deplorable...

La vida es bella, es maravillosa, es de grandeza incomprensible, es sencillamente sublime en todo, cuando ponemos en ella el espíritu, y la miramos con los ojos del espíritu, y abrimos nuestro espíritu como un sagrario para adorar la vida, para comulgar con la vida, para bendecir la vida...

¡Oh, Espiritualidad, madre divina, madre de Dios, Dios te salve!...

¡Oh, Dios, Espíritu Padre, y en sí mismo, a un tiempo, padre, hijo y espíritu santo:

a tus hijos, los pobres espíritus que a tí clamamos, vénganos el tu reino... el reino del espíritu!



La voz lejana

HAY una voz lejana que en lo más recóndito de nosotros nos habla de vez en cuando...

Esta voz lejana, apenas perceptible y difícilmente entendida, nos sugiere, sin embargo, con una divina vaguedad, visiones de cosas absolutas y maravillosas...

Un impulso elevado nos empuja en la exploración espiritual, y nuestros descubrimientos se traducen en ideas que, ya fijadas, nos parecen puntos luminosos, quizás estrellas...

¿Pero qué fin glorioso perseguimos?

El de que nos lean algunos hombres y que nos conozcan y nos admiren!...

¿Y responde este pobre fin glorioso a la grandeza inicial de nuestra inspiración?

¿No tendrá, esta remoción espiritual,

otro fin más efectivamente glorioso y no concebido todavía por el hombre?

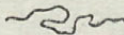
¿No cabe en lo posible que no se pierdan nunca las ideas y sentimientos (aunque no tomen forma en palabras habladas ni escritas) y que lleguen a grabarse indeleblemente y por eternidades en ese mismo divino libro en donde tan maravillosas cosas leemos cuando nos reconcentramos en nuestro pensamiento y en nuestra emoción?

Y ese libro abierto en el fondo de nuestro sér... ese libro abierto en los reinos de la emoción y del pensamiento... ese libro de luminosas páginas en el idioma único de todos los séres y las cosas... ese libro único en la verdad y arca de la razón y del sentimiento ¿no será también el único glorioso libro?



En el fulgor brillante de la estrella me parece que siento el trino encendido de un pájaro del cielo...

En el trino ardiente del ruiseñor, en una noche oriental, ha llegado hasta el infinito vacío de mi espíritu la luz resplandeciente de una estrella ignorada...



Estancias

LA virtud más laudable es la del deber cumplido a despecho de nuestra mala inclinación.



Tratemos de gobernar nuestra razón y, si estimamos a los buenos que lo son por naturaleza, admiraremos a los que por convencimiento siguen reglas de bondad.



Es frecuente que amemos a quién no nos ama... y a quien nos aborrece... pero no a quién se burla de nosotros.



Es tolerable el no amar a quien nos ama y hasta el aborrecer a quien nos ama . . . ¡pero el reirnos de quien nos ama!...

No podremos disciplinar nuestros sentimientos, pero sí nuestra conducta.



El amor está reñido con la perversidad. No hace sufrir conscientemente quién ama.



Poco importa la podrida carne . . . ¡es el sentimiento herido lo que duele!



¡Qué suerte la de los perfectos! . . .
¡Todavía la alabanza, sobre que ya nacieron perfectos!



Los verdaderamente perfectos sufren seguramente en su sencillez con nuestra exagerada veneración, y bien pudiéramos acudir con nuestros halagos a los que son poco afortunados por su triste sino.

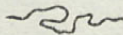
Con gritos descompuestos hacemos mayor la tribulación de los extraviados...

Más que con la onda, el buen pastor guía su ganado con la llamada acariciadora . . .



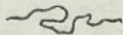
Cuando yo sea bueno porque yo quiera ser bueno, procederé como bueno . . . ¡pero no seré bueno!

Y si soy bueno por naturaleza y no porque yo sea bueno... lo seré porque lo soy y no porque debo serlo y... ¡tampoco seré bueno!



La confesión salva

CONFIESA noblemente lo que piensas, aunque temas que sea malo lo que pienses, porque nada es malo cuando noblemente se confiesa.



Sembremos las ideas

TENEMOS a la vista una porción de libros, de preciosos libros, que mueven nuestro sentimiento y que agitan nuestras ideas. . . Estos libros nos inclinan al bien, a la justicia, a la verdad. . . Estos libros podrían salvar al mundo y acercarlo a la felicidad. . .

¿Pero quién conoce estos libros? ¡Nadie! Cuatro aficionados, cuatro críticos. . . Estos libros, como las flores, nacen y mueren en pocos días. . .

No se hace nada por la cultura. Los libros buenos debían prodigarse gratis al pueblo. . . Debían hacerse copiosas económicas ediciones y regalarlas a todos y hacerlas llegar a todos los rincones. . . De las obras notables debían extractarse compendios y cartillas y darlas profusamente a

los niños, a los obreros, a los campesinos, a los soldados. . .

Costaría menos hacer esta siembra anual en los corazones y en las inteligencias, que sembrar trigo en los campos. . . Y tan necesario como el pan de cada día, es el pan del espíritu. . .

No sólo estamos obligados a pensar, sino a sembrar nuestras ideas. . .

¡Multipliquemos los libros, regalemos los libros, sembremos en el campo de la vida la simiente de los buenos libros!

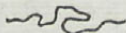
Las bibliotecas públicas y las bibliotecas populares y de sociedades, hacen algo por la instrucción y la cultura, pero no cuanto se necesita.

Nos parece más eficaz el profuso reparto de libros, folletos y hojas. . . sobre todo de folletos económicos, muy aprovechado el poco papel, bien nutridos de concisas pero substanciosas ideas sociales de tendencia moderna y de orientación individual. . . Y también incluir en ellos breve y amena sana literatura y doctrinas sensatas sobre emancipación de la mujer. . .

Los libritos, los folletos, pueden leerse en casa, durante un ratito antes de dormir; pueden llevarse en el bolsillo, pueden traspasarse a otras personas, pueden correr y extenderse. . . Y total su costo es insignificante.

Brindamos la buena idea a los ricos que no saben qué hacer con su dinero. . . Poniendo en las tapas su nombre de patrocinadores, pueden editar por su cuenta libritos que repartirán gratuitamente. . . Y su nombre quedará perpetuado en la más noble de las obras.

No hemos congregado a juntas y reuniones para dar vida a nuestra idea. . . Nos parece buena y la echamos a los cuatro vientos con un gesto de sembradores. . . Caiga la semilla al surco y que Dios la bendiga. . .



Nuestra religión

NO es nuestra religión la del premio a los buenos, porque los buenos ya tienen el premio en sí...

No diremos a los buenos "venid con nosotros", porque los buenos no necesitan ser llamados para estar, no con los buenos, sinó con los malos también.

No nos llamaremos buenos y justos, porque es así como hacemos resaltar la maldad y el pecado de los otros. . . No apareciendo nosotros tan buenos, no aparecerían ellos tan malos. . .

No recriminaremos.

No perseguiremos.

No castigaremos.

Y no exigiremos a los malos que violenten su naturaleza y que perseveren en el bien, sinó que perseveraremos nosotros en

él y nos acercaremos a ellos para que lo sientan.

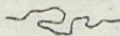
No es la religión del bien para los buenos: ellos tienen su bien y no necesitan religión: ya están redimidos.

Es la religión del bien para los malos: ellos están desheredados de la divina gracia y necesitan del bien y del amor de los otros hombres.

Interpretemos y practiquemos de este modo sublime la divina religión del bien:

No es que los malos han de volverse buenos. . .

Sino que los buenos han de volverse. . .
a los malos con su amor y con su bondad.

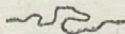


La luz inmortal

O las ideas son artificiales y para tenerlas, hay que vivir la erudición, (ideas elaboradas por otros hombres), o las **ideas son naturales** y pueden nacer en nosotros sin labor erudita alguna.

Las ideas artificiales son como luz artificial que a poco se apaga. . .

Las ideas naturales son como una luz inmortal en la densidad negra de nuestro pensamiento. . . ¿Será esa luz el alma?



La Fé.

VAMOS perdiendo la fé — suele decirse.

¡Oh, no: vamos buscando la fé!

Señor, si tú me has hecho incrédulo, cómo voy a ser creyente? Si no me has puesto fé ¿cómo voy a tenerla?

Señor, si me has dado la facultad de pensar y de inquirir ¿qué tiene de extraño que yo considere absurda la fé ciega? No soy yo ¡pobre de mí! sino este pensamiento que me diste para torturarme, quien investiga y piensa.

¡Ojalá yo creyese con fé ciega! Mejor, ¡ojalá yo no pensase!

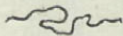
¿Pero cómo adquirir esa fé? ¿Acaso pode-

mos acatarla y sentirla por propósito? Hombres pensadores que nos habláis de fé, que nos reprocháis de que no tenemos fé, que nos acusáis y condenáis por falta de fé, ¿sois leales? ¿sois sinceros? ¿cómo, si pensáis, teneis vosotros fé?

¿Y qué es la fé? ¿en qué teneis fe?

¿O es la fé el pasivo asentimiento que dá mucha gente por conveniencia y comodidad a creencias en las que no solo no pone verdadera fé, sinó a creencias a las que no hace ni el honor de pensar en ellas seriamente?

Tal idea tenemos de la Divinidad y de la Maravilla del Universo, que no concebimos cómo podeis hablarnos de Dios invocando las tinieblas impenetrables de la fé ciega. . . Habladnos de Dios, invocando la luz de los cielos, ¡y todo nuestro pensamiento lo pondremos en Dios!



Profesión de fé

Señor del cielo y de la tierra,
hágase tu santa voluntad...
¡Padre nuestro !...

¿SON o no fatalmente las cosas?
Si las cosas suceden porque han de suceder, nadie tiene culpa de nada.

¿Qué importa la buena disposición, la educación, la represión? Las cosas sucederán porque han de suceder.

Y si de otra parte se nos dice que la fatalidad es un asidero, una excusa; si dependen de nuestra voluntad nuestro sentir, nuestro pensar; si dependen nuestros actos ¿a qué, piedad, ni tolerancia, ni demás cristianismos? Exijamos la perfección humana

(lo que llamamos perfección humana) con implacable rigor, y nada más!

Pero nosotros (¡tristes de nosotros!) no sabemos bien en qué consistirá la perfección humana, ni tenemos fé en la buena disposición, ni en la educación, ni en la represión. . . ;ni en nada!

Quizás el grande, quizás el único problema de la vida, hoy, sea el descubrir si existe o no el fatalismo.

Si el fatalismo es la Suprema desconocida voluntad, ¿a qué esforzarnos los hombres en mejorar ésto? ¡Ésto no tiene apañó!

Y si no hay fatalismo; si no hay Suprema desconocida voluntad que dispone las cosas; si dependemos y depende el mundo de nuestra raquíca voluntad, ¡bueno vá a quedar ésto!

¿Somos nosotros fatalistas?

Tememos que sí.

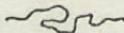
Y, si somos fatalistas, tendremos que reconocer que no es ageno a la Suprema desconocida voluntad ni lo que es malo, ni lo que es feo, ni lo que es absurdo.

Y si es así ¿cómo nosotros, míseros mortales, vamos contra lo malo, lo feo y lo absurdo?

El verdadero fatalista es el único verdadero y sincero deísta, porque cree y respeta la Suprema desconocida voluntad.

Aquellos que nos hablan de Dios en todo instante y que quieren modificar la obra y los designios de Dios ¿cómo creen en Dios?

Seamos fatalistas: Hagamos nuestra obra en gracia de Dios y no como reformadora a su divina obra y misterioso designio. . . Seamos fatalistas acatando la Suprema desconocida voluntad que todo lo dispone, viendo en todo la mano de Dios, alabándolo todo, tolerándolo todo, perdonándolo todo, como verdaderos cristianos.

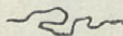


Los divinos juegos

CUANDO amamos, es que nos amamos...

Cuando somos buenos, es que gozamos en nuestra propia bondad...

¡Ay, Dios mío!... ¡Cómo te debes de reír de nuestra infantil y eterna confusión!... ¡Cómo juegas con nosotros!...



El espectador

NUESTRA vida es una farsa, en la que hacemos a lo vivo el papel que nos toca.

Pero si no hubiera espectador suspenderíamos la comedia.

Nos ven: y somos dignos, valientes, atildados, comedidos, oradores. . . todo, menos naturalmente sencillos.

Es el que nos miran, es la preocupación del qué dirán, lo que principalmente nos mueve.

En una isla desierta y sin esperanza de ver gente nunca más y de que nunca más supieran de nosotros y de nuestras obras, cambiaríamos radicalmente nuestro modo

de vivir, de sentir y de pensar.

Porque casi todos nuestros actos y arranques y resoluciones, vienen del papel que desempeñamos constantemente ante el espectador.

Todos los casos de honor o dignidad son a base de la opinión ajena: de lo que pensarán o dirán otros.

Las desesperadas resoluciones se producen casi todas por falta de carácter para soportar la pública censura.

Muchos actos de justicia, de severidad cruel, los ocasiona el temor al juicio público.

Sucede ésto muchas veces con la venganza también: el espectador aplaude y la sanciona brutalmente.

Y, como estamos constantemente ante el espectador, nos parecen viles papeles, en la farsa, los de humillación, debilidad, humildad y bondad extrema.

¿Pero qué gala tendríamos en nuestras actitudes de arrogancia, de soberbia, de vanidad, si no hubiese espectador?

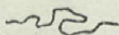
Por eso no seremos íntegros, mientras no prescindamos del espectador.

Como si nadie nos observase, tratemos de seguir nuestro impulso, que será más noble cuanto más efusivo y sentimental. . .

Y, a solas, ya sin espectador, veremos la futilidad de tantas cosas. . . ¡y veremos

lo divino de algunas futilidades!

Sea la representación, de nuestro papel, más a lo vivo y natural y ante nosotros solos, delante del espejo de nuestra conciencia. Y si allí nos sonrojamos, no será porque sintamos sobre nosotros la ajena mirada, sino la propia nuestra.



Los ojos de la justicia

LA cultura, entre los hombres, es llegar a entenderse.

¿Pueden quererse dos o más personas y llegar, tristemente, a la rivalidad, al odio?

Sí: por falta de mútua comprensión.

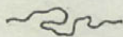
Y por eso decimos: "No se entienden".

Si tenemos una intención noble, tratemos de comprender a los demás.

Y toleremos que no nos comprendan; mejor, achaquemos la culpa a nosotros que, torpemente, no hemos hallado el camino para acercarnos a ellos.

Todos los corazones tienen un camino; procuremos entrar por él; para los más tortuosos de esos caminos, es el guía mejor la bondad.

Hermoso es abrir los brazos a nuestros adversarios; pero más hermoso y fecundo será abrir los ojos de la razón, que son los ojos de la justicia.



En la calma

ORIENTAN las protestas aún violentas y durísimas.

Despejan el horizonte moral las explicaciones, aún acaloradas y precipitadas. . .



Era la tempestad y era el rayo. . . Los bramidos de la tempestad me guiaron y el rayo me dió luz. . .

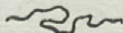


A la luz espantosa de esas tormentas, siempre he podido ver mis errados pasos y tomar el buen camino. . .



Busquemos la luz aunque sea en las tormentas. . .

La luz nunca debe espantarnos. . .



Onomástica

HOY cumpla años y es el día de mi santo; voy sintiendo serenidad en mi carne y en mi espíritu. . .

Beso a mi hija casada y a mi otra hija que comienza a ser mujer. . . beso a mi nieta que pone picardía en sus ojos. . .

Me dán una triste noticia: se me ha muerto un amigo fraternal. . . lloro. . . Este amigo era saludable, equilibrado y hacía una vida ordenada... ¡y ha muerto! Su muerte, hoy mi cumpleaños, hoy cumbre de mi vida, parece que me advierte: "Ayer fué tu Compañera, hoy tu amigo, hace poco perdiste también una ilusión. . . Estate atento al camino y síguelo con mesurado andar, como peregrino que se siente en gracia y contempla, desde su sendero y en todos

los valles, la suspirada Jerusalén. . . Y reposa a la sombra de los árboles, y bebe en las fuentes, y cambia tu palabra dulcemente con los caminantes. . . Tu vida es ese camino: deja atrás arregladas las cosas y no olvides algo en él, porque no volverás a recorrerlo. . . Y no preguntes a dónde te lleva el camino, porque no lo sabrás nunca; ¡oh, misterioso caminante!, como no sabrás nunca de dónde vienes. . .



Y venimos y vamos. . . sí: todo nos dice que esta vida es verdaderamente un camino pasajero. . .

¡Pero, Dios mío, ¿de dónde nos traes?
¿a dónde nos llevas?



27 de Octubre 1917

El perrito

TENEMOS un perrito y el perrito está enfermo. ¿Qué tiene el perrito? No sabemos: está echado en un rincón, encogidito con la cabeza entre las patas, y no se remueve, ni quiere comer ni beber.

¿Qué tiene el perrito? No sabemos: se estremece convulso de vez en cuando, dá aulliditos tristes como quejidos y sigue postrado.

La sensación es de que el perrito se muere. . . ¡pero es que no acaba de morirse nunca y dá una pena atroz el verlo! A media noche, cuando dormimos, se oyen, de tarde en tarde, sus aulliditos tristes y parece que dolorosamente recrimina y ladra a quien lo tiene así. . .

El perrito se muere. . . ¡pero no acaba

de morirse nunca y quisiéramos acortar su tormento! . . . ¿Cómo hacer? Lo mataríamos. . . ¡pero lo mataríamos con nuestro pensamiento, y, ésto, sólo puede hacerlo Dios!

No queremos decirle al basurero que se lleve al perrito pues, por lo que hemos visto otras veces, sabemos lo que hará el basurero: el basurero le echará al perrito un cordel al cuello y, sin hacer caso de sus aulliditos, lo tirará sobre el carro como un andrajo sucio. . . y luego irá echando encima la basura de las casas. . . ¡y así, enterrado vivo, se irán apagando, poco a poco, los aulliditos tristes! . . .

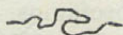
Mataríamos al pobre animalito ¿pero cómo? No hallamos cómo porque no tenemos valor para ello. Hemos preguntado a varios amigos. ¿Cómo mataríamos a este pobre animalito? Cómo? De un tiro en la cabeza. Nos horroriza, no podemos. Ahorcándolo. Menos, ¡dá no se qué! Un veneno. Quizás padezca más. Tirándolo al río. . . ¡Pobre! ¡Atarle una piedra al cuello y llevarlo así, con sus aulliditos y arrojarlo al remolino de la corriente! . . . ¡No! Lo veríamos toda nuestra vida, en su presentimiento de la muerte violenta, no queriendo zafar de nosotros sus patitas y, por fin, a nuestro esfuerzo, caer agitándose en el aire con la pesada piedra al cuello y tra-

gádoselo para siempre la correntada de las aguas turbias. . .

No tenemos valor para matarlo nosotros. . .

¿Por qué no lo mata Dios que le ha dado esta vida?

¿Acaso no llegan a Dios esos aulliditos tristes?



La divina inconsciencia

CUANDO pensamos, cuando razonamos, cuando filosofamos, qué hacemos? Resolvemos? producimos? atajamos? ¿Se puede enmendar, atajar o propulsar la fuerza natural de las cosas?

Desconocida e incomprensible a la razón, esa fuerza anónima que todo lo mueve, se manifiesta para nosotros como fuerza inconsciente...

¿En qué nos fundamos entonces, para imaginarla consciente?

La consciencia es una de tantas cosas artificiales, propias solamente de la reducida esfera mental del hombre.

¿Finalmente, qué hacemos sinó someter-

nos en todo a esa fuerza inconsciente?

¿La más clara luz que deba guiarnos, no será la inconsciencia o el dejarnos llevar por esa fuerza incomprensible que nos saca durante unos momentos de las tinieblas del no ser para arrojarnos bien pronto a las mismas tinieblas?

Tinieblas del no ser de donde viene todo y a donde todo vuelve. . .

Más propio parece que sería decir "tinieblas del Todo".

No cabe duda:

La inconsciencia es la única razón atenable.

Repose nuestra conciencia en la inconsciencia. . . Déjese descansar y llevar en sus brazos. . .

Vivamos, procreemos, produzcamos, hagamos arte, cultivemos el sentimiento, divaguemos y juguemos con las ideas. . . Pero todo sin tratar de inquirir violentamente el "por qué" y "para qué". Eso quizás implica una pregunta idiota. Las cosas son, acaso y sencillamente porque son y nada más que para eso, para ser.

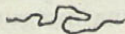
¡Oh, la impulsiva y graciosa inconsciencia!

¿No es hermoso amar y reír y cantar, sin detenernos a preguntar "por qué" y "para qué"?

¿No está la tortura de la vida en la consciencia o conocimiento de las cosas y, mejor dicho, en pretender tal consciencia o conocimiento a que nunca llegaremos?



La Inconsciencia es el gran misterio y la única razón de la vida del Universo.
Respetemos la Inconsciencia.
Entreguémonos a la Inconsciencia.
Descansemos en la Inconsciencia.
Esperemos en la Inconsciencia.



El gusto de la vida

NO hagáis nada para gozar, sin saborearlo en todo detalle con delicado regodeo antes y después.

Y así el arte, que es un goce: regodearos en él antes de ejecutar la obra y luego de llevarla a cabo.

Si os afanáis en producir febrilmente, pasarán para vosotros el tiempo y vuestras obras como si no hubieran existido.

Vivir nuestras obras es repasar y vivir de nuevo nuestra vida.

Si sois escritores no encontraréis lector como vosotros mismos: dedicad un buen tiempo a leer y releer vuestros propios libros y, si llegáis a una edad avanzada, pa-

saros los postreros años produciendo poco o nada y contemplando vuestra obra.

Así, habréis vivido.



¿Qué os queda de un paisaje visto desde un tren rápido que marcha desalado?

Cuando nuestra vida es así de veloz, aunque pase por todo, no le queda impresión de nada.



¡Calma fecunda! ¡Calma que déis madurez a todo!

Hagamos vida de contemplación, de meditación, de sereno examen de conciencia...



Nos hemos amargado la vida aceptando, inquietos y tornadizos, la futilidad de las cosas y el que todo es nada.

¡Lamentablemente, inquietos y tornadizos!

Vivamos la vida del reposo y pasemos y repasemos por nosotros mismos, y por las cosas, tomándoles el gusto.

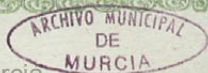
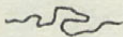
Como una bella y jugosa fruta, la vida, es admirable, tiene aroma y es nutritiva.

Hagamos en nosotros la costumbre de

admirar, de sentir y de saborear, y le tomaremos el gusto a la vida y habremos vivido.



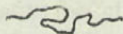
¿Pero qué podremos aconsejar a los desdichados a quienes les resulta la vida una fruta amarga, podrida o venenosa?



La sinceridad

NO podemos saber nosotros mismos cuando somos totalmente sinceros; nosotros mismos nos engañamos y también, a pesar nuestro, hay dentro de nosotros como un mundo de seres intrigantes que se divierten llevándonos y trayéndonos con sus inducciones y viendo que no damos pié con bola en el mundo interior . . . Cosas que creemos verdades en nosotros, las reconocemos, al momento, mentiras en nosotros también. No podemos

tener seguridad ni de nosotros. Nosotros...
¿Pero cuántos somos cada uno? Tenemos
y nos preocupa, la sensación de que den-
tro de cada sér se agita un mundo tan alte-
rado y discorde como éste en que vivimos.

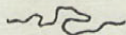


La estabilidad de las cosas

NUESTROS males se agravan de creer o de confiarnos en la estabilidad de las cosas... Nada tiene estabilidad.

Así la confianza en un orden social establecido, y en la paz, y en la fortuna, y en la salud, y en el amor... Y las revoluciones lo alteran todo, y llega inesperadamente el espanto de la guerra, y nos vuelve las espaldas la fortuna, y nos flaquea la salud, y nos desdeña el amor...

Nada es estable y haremos bien en acostumbrarnos a esta idea para no sorprendernos de nada y para acostumbrarnos a todo, haciendo más llevaderos los inevitables males de la vida.



La fría razón

LOS razonables no debemos esperar que los demás razonen... Porque somos razonables tenemos el deber de adaptarnos a la falta de razonamiento de los demás.

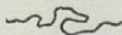
Más nos venimos a razones sintiendo que pensando.

Y muchas veces que pensamos estar llenos de razón, lo es que estamos llenos de sentimiento.

Cuando cultivamos nuestro sentimiento nos parece que cultivamos nuestra razón.
¡Y la razón es muy distinta del sentimiento!

Sintiendo no somos razonables. La razón es fría.

Y para llegar a ser razonables tendremos que hacer por no sentir.



Lo definitivo

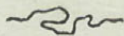
NADA es, ni puede ser, definitivo en la vida.... ..

Por eso el empeño y el ansia de lo definitivo malogran nuestras ilusiones.

Podemos llegar a lo definitivo aceptando lo definitivo como pasajero.

Porque todo lo que es aceptado como es y en su momento, es definitivo.

Pero no pretendamos que la fruta permanezca en el árbol fresca y brillante, ni la rosa en el rosal, ni la sonrisa en el rostro, ni la nube arrebolada en el cielo. . .



Principio de justicia

NO tenemos una idea: tenemos un sentimiento.

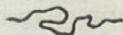
Vamos contra los fuertes en defensa de los débiles. . .

Pero mañana iremos contra esos débiles que ya se habrán hecho fuertes.

Hemos querido ser fuertes, a toda costa, para ponernos junto a los débiles. . .

Porque siendo débiles habíamos de seguir tristemente el ejemplo de los débiles de ponernos al lado de los fuertes.

Es principio infalible de justicia ir, siempre y en todo caso, contra los fuertes.



Estancias

II

VENGO en el tranvía y en la calle observando las gentes: la expresión general de las caras es de extrañeza y disgusto y cansancio... Las miradas se fijan en la Vida como en una cosa impropia que no saben cómo les ha venido... Sentimos en la Vida una incomodidad de forasteros mal acomodados... Se vé en muchas gentes, aunque nada visible lleven sobre sí, un gesto de soportar una carga molesta...



Con triste convicción y ante la vida malévolá, solemos reprocharnos nuestra inocencia y candorosidad.

¡Y cómo!

¿No habéis observado que, hasta en los perversos, a veces, produce encanto la inocencia reflejada en el semblante de un hombre honrado, de un niño, de una virgen?

Puede la malicia hacer su reino del mundo; pero hacer su reino en el de las almas, lo puede solamente la Inocencia.



La rotundidez, lo imperativo y absoluto de las aseveraciones de los talentudos, bien poseídos de su dominio y suficiencia en lo que juzgan y tratan, nos hiere más que la obcecación de los ignorantes cerrados a toda luz. . .

Siempre puede haber más error e ignorancia en una afirmación categórica, que no en una negación.



Probemos los que nos creemos buenos y en todo derecho y razón, amoldarnos a la maldad y sinrazón de los que no son co-

mo nosotros; y si reconocemos lo difícil ó imposible de conformarnos nosotros a la opinión y proceder de los contrarios, hagamos siquiera la justicia de reconocer que para ellos debe de ser igualmente dificultoso o imposible el conformarse a nuestra manera de ser, de sentir y de pensar.



No es pecado no entender por falta de entendederas, sinó el, teniendo entendederas, no hacerse entender.



Es grave defecto de los talentados reprochar a los pobres de talento su ignorancia . . . Quién dió el talento dió la ignorancia. . . No conocemos a nadie con el mérito de haberse convertido de ignorante en talentado; pero sí talentados por misericordia y gracia de Dios, que olvidando la divina merced, toman rumbo a la ignorancia.



Nos consideramos buenos porque descu-

brimos en nosotros la bondad. . . Trátemos de descubrirla también en la maldad de los otros. . . El oro se descubre en la despreciable arcilla. . . ¡y a veces también la arcilla en el oro!



La libertad no sería libertad si no suspirásemos por ella.



Cuando nos vemos perdidos, por muy mal que antes lo hayamos pasado, toda situación anterior nos parece excelente. ¿Por qué no pensar siempre que podemos empeorar y vernos en mala situación, y así todo estado presente nos parecería bueno?



No es el duro colchón el que ha de amoldarse a nosotros, y sí nosotros al colchón.
¿No podremos amoldarnos a lo malo y utilizarlo como bueno?



¿No es tan pobre, o más tristemente po-

bre, que el pobre que nada puede realizar, el rico que, por haberlo realizado todo, tampoco tiene que realizar nada?



La riqueza, como el vino, embriaga y saca afuera la brutalidad.



La pobreza hace los ricos. . . ¡pero la riqueza también hace los pobres!



¿Podemos ser felices?

No de propósito, siempre. . .

Pero la felicidad como el sol, alumbra la tierra todos los días y todos los días sale el sol para todos. . . La cosa está en que cada uno busque su rayito de sol. . .



La vida tiene un objeto: vivir; y tiene un ideal: la dicha.

Llenemos el objeto de la vida y vayamos al ideal.

Bondad, generosidad, altruismo: cooperación a la vida feliz de los demás sin abandono de nuestro propio bien.



Abnegación:

Renunciación de nuestro bien por el de los demás.

¿Pero es fecunda la abnegación?

La mayor parte de las veces se renuncia sin conseguir el bien ajeno.

Y lo que es más triste: casi nunca, es reconocida ni estimada la renunciación.

Todo sacrificio estéril, es absurdo.



Algunos raros no estamos conformes con las cosas de este mundo: en ese caso debemos formar un mundo aparte. . . y si no encontramos con quién, lo formaremos solos dentro de nosotros mismos. Y, en este mundo nuestro, es en donde únicamente podremos realizar el objeto y el ideal de la vida: vivir y ser dichosos.

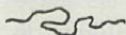


Tenemos días de una vida exterior intensamente espiritual. . .

No vayamos en la cáncula espléndida a

la fiesta de la recolección de las mieses puramente por la fiesta. . . Trabajemos alegremente con los demás y con el alborozo del día traigamos el pan a nuestra casa.

Lo fecundo de esos días está en vivirlos después en el recogimiento.



La idea

LA vida, la muerte, el universo, deben de tener una explicación. . . pero la razón que los concibe no los penetra. . .

¿Qué serán estas cosas para los demás seres?

¿Qué es más grande: el impenetrable misterio o el ansia humana de penetrarlo?

¿Por qué, en tan pequeña cosa como el hombre, ha puesto el misterio creador una cosa tan grande como la idea?

¿Qué es la idea?

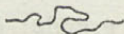
Ante mi puesto árido de sugestión y de trabajo de cifras mercantiles, mi amigo me dijo:

—Trabajas con un gesto extraño de sonámbulo y como si vivieras otra vida.

—Y es así: vivo un mundo libre y luminoso. . .

—Pero tú no eres libre.

—Sí: sueñe el preso la libertad y la luz, y ya no será nada el tiempo de su condena, ni será nada la carcelera vida. . . El sueño es liberación: sueñe el preso, ¡y ya no estará preso!



Estancias

III

ME he quedado mirando a mi madre y me he dicho:

—¿Cómo puede ser mi madre tan viejecita?

¿Cuando miro a mi madre, en qué espejo me estoy viendo que me veo tan niño?



Hemos alcanzado la felicidad: ha sido en la exaltación artística, en la mesa, en la libación, en el amor logrado. . .

¿Y por qué sentimos como un dolor después de la felicidad? ¿Es que aquello no era la felicidad? Sí, era la felicidad. . .

Pero, así como el dolor pasado nos deja una sensación de felicidad, la felicidad pasada nos deja una sensación de dolor.

Y es porque la felicidad estraga y el dolor tonifica.

Somos más artistas en el dolor del arte que en la gloria del arte .

Y somos más felices en el sentimiento del dolor que en el deleite de la felicidad.



En ciega lucha material, atormentado corres, por los caminos del mundo, en busca de bienes. . .

Y los bienes están en el espíritu. . . y son los caminos del espíritu los que hay que seguir. . .



Cuanto más puedas prescindir del dinero más rico serás.




La mayoría de los ricos, por el ansia que padecen, de dinero, son verdaderos pobres.




Creemos comprar los corazones con nuestras riquezas. . . Los corazones no se venden. . . ¡cuando ellos se dán es porque en la riqueza han visto que brilla el oro divino del desprendimiento!


Con todos los tesoros del mundo no comprarás un juguete del espíritu y ¡mucho menos! una joya.




La energía no es otra cosa que confianza en sí mismo.




Solamente hemos visto besar nuestro dinero y oído bendiciones, cuando lo hemos dado. . . ¡Démoslo todo!



Cuando la inestabilidad de las cosas nos hace vacilar, es que la inestabilidad no está en las cosas sino en nosotros.



La firmeza (cuando la tenemos) se nos hace mayor con la inestabilidad de las cosas porque, para nada más que para hacer estables las cosas, nos ha sido dada la firmeza.



Y la firmeza y la voluntad no son otra cosa que energía: confianza en sí mismo

Saquemos fuerzas de flaqueza de nuestro espíritu, porque son nuestras propias fuerzas las que han de darnos ánimos y confianza.



No esperamos lo que naturalmente haya de venir, sino lo que nosotros queremos que venga. . .

Y eso es el absurdo y el dolor y lo falaz de nuestras esperanzas.



Consideremos las miserias de nuestro cuerpo y reconozcamos y compadezcamos las miserias de los demás.

Consideremos nuestras pasiones y nuestros egoísmos y toleremos y compadezcamos los ajenos .



Seamos buenos por precepto y regla, sin esperar el impulso del sentimiento.

Por precepto podemos ser buenos todos, y serlo siempre.

Hemos predicado la cultura del sentimiento, pero dudamos de esa posible cultura. El sentimiento es ingénito y, como

la naturaleza, tiene el sentimiento la condición absoluta de no ser modificable.



La cultura mental mejora nuestra conducta y creemos entonces que mejora nuestro sentimiento.

Es la cultura mental lo que hemos de perseguir: contra el torpe sentimiento o la mala inclinación, el hombre puede ser bueno o proceder como bueno por convicción y norma.



Hay una verdad, quizás la única, y no arranca del razonamiento, sino del hecho palpable.

Esta verdad es que, independiente en absoluto de toda razón, quiere mi ser vivir y procrear.

Y en los momentos más tristes y de mayor tribulación, cuando apenas si mi ser pensante se acordaba de mi ser orgánico, este ser orgánico ha sacudido imperativo al otro exigiéndole la ración:

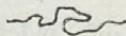
—¡Quiero vivir. . . ¡Quiero procrear!

Y mi ser pensante, dominado por la brutalidad orgánica, ha preguntado abatido e inquieto:

—¿Para qué?

Y mi organismo ha contestado, despótica y virilmente, su verdad única, quizás la verdad única:

• ¡No me importa!. . . ¡Quiero! ¡Quiero!



Ascétismo

YO quise ser asceta, quise ser altruísta, quise ser filántropo. . . quise declinar todo derecho: de propiedad, de defensa, de conservación. . . quise, en holocausto del bien ageno, ser abnegado, despojado, sacrificado, y, a todo, ceder, y, a todo, conceder, y, a todo, renunciar. . .

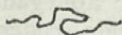
¡Oh, noble, dulce, divino, desvanecedor y puro renunciamiento! . . .

Pero yo, triste de mí, llevaba un pesado fardo: yo tenía familia, relaciones, obligaciones sociales y algunos bienes de fortuna. . . Yo tenía que tratar con las personas, que vestir como las personas, que comportarme como las personas. . .

¿Y, cómo, entonces, practicar aquel puro renunciamiento?

Sin familia, sin casa, sin bienes, sin preocupaciones sociales, sin ropa, y con una piel para abrigarse y unas frutas y unas yerbas para alimentarse, se puede ser altruista, asceta y santo. . .

No hay como no tener nada para poderlo dar generosa y despreocupadamente todo.



El viajero cansado

COMO un viajero cansado que ha estado en todas partes y que lo ha visto todo, aquel hombre me dijo:

—No deseo nada.

Difícilmente se remueven mi ilusión y mi carne.

Tengo la pena de no tener pena...

No es que siento el hastío. Sentir el hastío, ¡es todavía sentir!

—Tenga nuestra vida un objeto — le dije, y me replicó:

— La mía ya no lo tiene... No consigo ya ni desesperarme... Me doy cuenta de la vana futilidad de todo... El mundo es vano, insustancial. La ilusión y la sensibilidad exquisita son excepciones. El mundo cataloga las divinas creaciones del arte.

pero no las vive, y olvida las maravillas de la naturaleza y de la obra humana y deja morir abandonados en la desilusión los encantadores viejos y románticos jardines... La obra bella del mundo es producto de unos cuantos seres excepcionales que han pasado por la tierra por equivocación. Y es debida a eso la falta de adaptabilidad en este mundo, de estos seres inquietos y raros. Y por eso estos seres no esperan algunas veces a que se los lleve de este mundo quien por equivocación los trajo a él, sino que anticipan ellos mismos su marcha... Seguramente — terminó diciendo — hay otros mundos de más ilusión, de más idealidad, de más exquisita sensibilidad, a los que nosotros — los raros de este mundo — íbamos destinados.

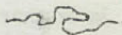
Y, sin duda, por eso, el suicida aceleró su viaje... ¡su triste viaje!

¿Pero había que aceptar que no tenía remedio el funesto mal de los desencantados?

“Tenga nuestra vida un objeto”—repetíamos.

Y una voz lejana, quizás la voz del suicida, todavía nos dijo:

“Nuestra vida tendrá un objeto, mientras conserven algo de su lozanía nuestro cuerpo, nuestro espíritu, nuestra imaginación... ¿Pero y cuándo la carne y el espíritu y la mente se hallen cansados? ¿Cómo le diréis a la flor mustia: “revive en tu belleza y en tu aroma?” Nos vamos de la vida, tristes, como la flor consumida, dejando nuestro fruto, nuestra semilla o nada”.



El explorador

N las arenas del Sahara, ni la soledad de las nieves del Polo... ¡No hay desierto infranqueable como este del interior de nuestro espíritu en donde solemos arriesgarnos en peligrosa exploración!...



Tengo, a veces, la sensación de que marcho inanimado como un vehículo, conducido por alguien que va dentro de mí...



— Si hemos sido codiciosos por propensión de egoísmo o de absolutismo, o por previsión para pasar más tranquilamente

el camino de la vida, bien podemos a la mitad del camino aligerar nuestra carga y ser generosos, puesto que finalmente todo lo hemos de dar al término de ese viaje... que es la muerte.

—¿Y los pobres, qué podremos dar?

— Todos podemos dar: cederemos en la codicia de las cosas materiales, que es violencia... y cederemos en la codicia de las cosas espirituales, que es intransigencia.



El redentor esfuerzo

TODO esfuerzo nos redime.

Todo lo que nos exige esfuerzo nos hace vivir.

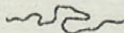
Hay en todo individuo una tendencia morbosa, moral o material, a la indolencia.

Tratemos de vencer constantemente esta indolencia.

Arreglemos nuestros asuntos, nuestra casa, nuestra vida.

El madrugar, el baño, la caminata, pre-disponen al optimismo.

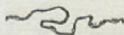
Observemos que todos los que han vivido a costa de esfuerzo, no lamentan su vida, sinó que la celebran con sana disposición. No dejemos las cosas caídas, y a nuestra pobre humanidad digámosle a cada momento: levántate y anda.



Sabiduría del dolor

EL dolor es lo que más afina el sentimiento y la mentalidad.

Si queremos ser sabios, aprendamos a sufrir.



Los templos

No hagais de los templos teatros ni mercados públicos. En todos los templos hay algo sagrado, que no es la religión, y que hay que respetar.

LOS que no creemos, los que no tenemos la fé vulgar, los que detestamos toda farsa religiosa, visitamos los templos con un hondo sentimiento místico de reconcentración espiritual y de admiración y de veneración y de respecto, en el que hay más unción religiosa que en el frío ritual de los que se llaman fieles y creyentes y que no sienten.

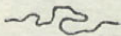
Las religiones debían de quedar reducidas a la conservación sagrada de los templos... sin ritos... sin sacerdotes...

En los templos se cultivaría la música sagrada.

En los templos se custodiarían los tesoros de reliquias y de arte sagrado.

A los templos irían los creyentes, o no creyentes, a meditar, a admirar, a extasiarse, a orar...

Serían los templos lo que deben ser y lo que no son: lugares de recogimiento y de edificación espiritual, y piadoso refugio para las almas doloridas, atribuladas, cansadas, desorientadas...

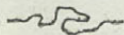


El rumbo desconocido

SOBRE la ciega inconsciencia individual, de los seres y de las cosas, observamos una consciencia universal que gobierna lo caótico con un rumbo desconocido...

A pesar de todos los cataclismos, la Naturaleza, en restos de desastre, en residuos, en átomos, se normaliza, se organiza, y emprende nuevamente su marcha... ¿A dónde?

Hay una consciencia universal manifiesta de persistencia en un fin... sin fin.



A viva luz

O la felicidad es nada, o yo soy feliz con nada. •



La felicidad no tiene fórmula:

Recetamos vulgarmente componentes de felicidad; pero, aun disponiendo de todos los componentes y juntándolos, no se obtiene la felicidad.



La felicidad estriba en una pasión alentada; pero, el fin de la pasión es el fin de

la felicidad... ¡y, ciegamente, en toda pasión es nuestro anhelo el fin!



El razonamiento y la pasión resultan incompatibles.

Para llegar a sentirnos razonables tenemos que dejar de ser apasionados.



No hay cosa más triste que una lucidez serena de las cosas.

Una lucidez absoluta — como una luz poderosa en un débil fanal de vidrio — produciría el estallido de nuestra mente.



Si podemos castrarnos de nuestras pasiones, ya sabemos a dónde vamos: a la paz y al engorde de todo buen capón.

Dichosos los que pueden alentar sus pasiones en un medio propicio e ir las sosteniendo. Porque estar apasionados, aunque

no realicemos el fin de nuestra pasión, es la felicidad.



Lanzarse en el galope de las pasiones es ir a estrellarse. Pero estrellarse no es, finalmente, otra cosa que caer en los abismos de la razón.

Porque la gran razón serena es como la pavorosa serenidad del mar en sitios de negras hondísimas profundidades.



Estar en razón es estar en Babia.

La vitalidad universal no es razonable.

Si fuera posible someter a la razón la vida de nuestro planeta, moriría este mundo.

Porque la pasión es la vida: en la planta y en el animal... y la atracción, la luz, el aire, las fuerzas ígneas, son, en fin, vida universal engendrada en la vertiginosa violencia del movimiento de los astros... ¡pasión en suma!



La quietud del que se rinde, la claudica-

ción con disgusto: esto es un estado razonable.

La impasibilidad de la muerte es lo más razonable del mundo.



La razón, en su vida plena, temeraria, inatajable, es lo menos razonable que podemos hallar.



Los más razonables son los que os dicen a todo que sí; naturalmente. Es una actitud adoptada, pero no un convencimiento. Saldríamos con las manos en la cabeza si ellos, no conteniéndose razonablemente, nos saliesen con sus crudas razones.

Y no hay mas razón en la vida que esa de las crudas razones... ¡pero es tan dolorosa y tan poco razonable!



La suprema razón es
vivir,
lograr,
triunfar,
acertar...

¡Ay del que declina, del que se malogra,
del que no triunfe, del que no acierte!...
En vano invocará el derecho, la justicia, la
libertad, el deber, la moral... Estas leyes
no amparan a despojados, ni a débiles, ni
a siervos, ni a rectos, ni a escrupulosos...

Estas leyes son el humo del incensario que
acompaña el sacrificio de las víctimas... Y
entre las nubes de ese incienso los sacerdo-
tes y los sacrificadores se sienten en la glo-
ria...



¿Puede cambiar el sentido
del derecho,
de la justicia,
de la libertad,
del deber,
de la moral?

Creemos que sí, porque son cosas pura-
mente humanas y eventuales dentro de lo
mismo humano.

¿Entonces qué valor consolidado pode-
mos dar a esas cosas? Puramente un valor
del momento que no es consolidado ni nada.

No hay más leyes estables que las de la

Naturaleza:

vivir,
lograr,
triunfar,
acertar...

La encina deslizando el tierno brote,
abre la dura roca... el tigre mide certero
su salto de muerte, que para él es la vida...



La razón sin tenacidad, sin energía, no
es nada.

Ya se dice: "imponer la razón".

En materia de ideas, el mundo está lleno
de absurdos. ¿Por qué? Por eso: porque no
triunfa la idea, sino la energía que la im-
pone.

La naturaleza no emplea jamás las razo-
nes, sino la fuerza.

Las razones y las leyes sirven únicamente
cuando se emplean como fuerza pícara.
Por eso el gran rebaño se contiene tras una
débil empalizada. Le parece muy poderoso
lo que no resiste un empellón.

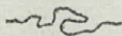
¿Qué son las leyes, si no tienen detrás la
fuerza que las apoya? ¡Nada!

Lo que se ha llamado "Reinado de la

razón y de los derechos del hombre" fué
Reinado de los derechos del hombre, por la
fuerza.

¿Qué son las ideas?

CONTRA nuestras arraigadas convicciones, las ideas llegan como una inesperada bandada de mariposas que sembrando de huevecitos nuestro campo mental lo revolucionan con gérmenes de pensamientos nuevos.



Y el pan nuestro de
cada día dánosle hoy

SEÑOR, no te pedimos oro: danos generosidad que es más durable riqueza.

Cuando triunfamos, cuando ganamos, es cuando solemos ser generosos.

¡Triste mérito, que únicamente la abundancia nos haga abiertos de mano!

Pero, aunque así sea, vénganos, al menos, algo de tu reino, señor, de bien y de paz.

Porque todavía hay pobres ricos que no dan nada.

Y hay poderosos que nunca ceden ni se humillan.

Y hay llenos de razón que no transijen.

Y hay estrictos que, más tacaños y ruines que los avaros, provocan nuestras iras.

Dios mío, perdónanos nuestras deudas y, aunque nos lo quites todo, consérvanos de corazón ricos y abiertos de mano...



Conciencia

HE plantado árboles, he multiplicado las plantas, he fecundado la tierra y la tierra ha parido el pan de los hombres, el regalo de las frutas y el encanto de las florestas y de las flores...

Y en mis horas de ocio he recogido en libros la cosecha de mi pensamiento y de mi sentir, que es pan de los espíritus...

He producido; he ahí mi satisfacción

He producido el pan de la tierra y el pan del alma... ¡He tendido a calmar todas las hambres!

Sonámbulo

TENGO miedo a las escapadas de este sonámbulo errabundo que va en mí... ¡Varias veces me he despertado lejos y fuera de mí mismo, en un país extraño!

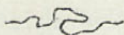


En ocasiones me alejo mucho de mí mismo; pero, sin perder de vista el punto de partida... Lo malo es cuando me encuentro alejado y olvidado de mi propio yo... Es una cosa que se parece a la muerte viva...



Si tenemos alma, no hay duda que, sin

morir, el alma, a veces, también abandona al cuerpo. Y el alma, en alguna ocasión, anda perdida, como los niños, sin saber su casa... Y debe de haber almas perdidas que ya no volvieron a su casa, y cuerpos sin alma, como casas vacías y ruinosas, que dan miedo...



Ansia mortal de vivir

DEL momento que estais viviendo y sintiendo — gozando o penando es lo mismo — no podéis dudar.

Y, sin embargo, nuestro mal y nuestra tribulación proceden de la inquietud e impaciencia que nos promueve el siempre misterioso porvenir.

Si nuestra vida fisiológica es la que vive la realidad del momento presente y vivo, ¿qué otra vida de nosotros es la que vive a vida muerta pasada y la vida venidera que no es vida todavía?

¿Qué mundo es ese, imaginario, de espectros y de embrionarias maravillas, en donde vivimos más y en donde más goza-

mos y sufrimos que en el mundo real que vemos y palpamos?

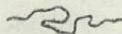
En el recuerdo de lo que fué y en la ilusión de lo que va a ser, está nuestra vida.

Y por lo poco que la consideramos, la vida del momento — que es la vida — parece que es nada.

¿Cómo somos vivos, que no lo somos en lo que vivimos sino en lo que hemos vivido y que ya es muerte, y en lo que soñamos vivir, que no sabemos si llegará á ser vida?

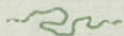
Y en tal ansia de vida, nos precipitamos a las cosas, buenas o malas...

¡Y en tal ansia de vida, nos precipitamos a la muerte!



Siempre naciendo

SEGUN mi fé de bautismo, o partida de nacimiento, he cumplido los cincuenta y tres años... Sin embargo, para mí no ha pasado el tiempo... Mi sentimiento es de mocedad... noto en la inteligencia tras de tanto saber — un despertar de infancia... mi palabra—que comienza a ser coherente — me parece un balbuceo... Y me digo, sinceramente, a cada instante: “¡Qué niño eres”!



Apología de la mentira

LA mentira es escudo en el que se amparan los pobrecitos débiles... ¡y, con frecuencia, es el arma única con que les es dado defenderse!...

Los fuertes se jactan de no mentir... ¡para qué mentir, si son fuertes! Y condenan la mentira y pregonan que la mentira es baldón, desarmando de esta manera a los pobrecitos débiles.

Pero vigilad a los fuertes: cuando usan la mentira es que se debilitan, o que se acobardan.

Porque la mentira es un arma tan noble como la verdad de los que son cínicos y brutalmente francos, impunemente.

¡Pobrecitos débiles: ampararos en la mentira, defenderos con la mentira!



A través de nuestra lente

TEOSOFIA: qué le diré! No lo tome a broma: apenas sé la definición; claro, me lo figuro... ¿Despectivo? No, de nada lo soy. Todo es, hasta lo que no es. Todo es grande e igualmente impenetrable. Presiento algo, a veces, quizás creo que presiento... En realidad, sereno mentalmente, no creo en nada, que es creer en todo. La bondad me encanta, la razón suele admirarme... pero dudo de la legitimidad de estas cosas con raíz de legitimidad en la Esencia creadora madre de la Vida... ¿Tendrán estas cosas ramificación y afinidad esencial en los caracteres universales de la Creación? ¡Dá pena que la maravillosa fábrica del Universo no tenga trascendencia y perennidad en nuestros espíritus! Todo lo que vemos y razonamos es a través de nuestra concepción mental... ¿Será esta lente a medida del Universo?



Alto vuelo

MODERACION, educación, dulcedumbre... actos de equidad, de bondad, de generosidad... renunciación, tolerancia amplitud... Reconocimiento mental sereno de que no existe lo impuro, ni lo inmoral, ni lo feo, ni la perversión...

Pensamos, a veces, que se puede llegar a todo esto por medio de una fina cultura. Y, si la cultura es un medio de perfección, se pueden remediar muchas cosas consideradas inevitables por los fatalistas.

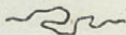
O bien tendremos que aceptar un fatalismo que no siempre es fatal. Es decir que cuando nos vemos perfeccionados, no es por obra de cultura sino porque ha de producirse así fatalmente.

Y esto nos consuela, fatalistas o no fatalistas, porque pondremos nuestra esperanza en la cultura ¡oh, lucecita remota! o en la fatalidad, inextricable y obscuro designio de todas las cosas.

Alma hermana, alma luminosa, levántate

y anda... Horizontes, aire, luz, recogimiento y buenos libros: "Luna nueva", "El príncipe feliz", "Princesas de amor", etc... Y, a la lumbre del sol, alisa las alas rotas de tu esperanza y orienta el vuelo hacia la estrellita de la cultura o hacia la obscura noche que encubre el hermético Origen de todo.!

El caso es volar... ¡no arrastrarse!



Tras de la
verdadera riqueza

YO hice un viaje temerario a la Isla de los tesoros...

La isla estaba en medio del mar.

El mar estaba agitado.

Surqué el abismo, arrojándolo todo, y regresé cargado de riquezas.



Ya era yo rico y me figuré que ya no había yo de necesitar nada, ni desear nada.

No fué así, pues, a pesar de todas mis riquezas, me ví triste y con ansias y deseos irrealizables.

Entonces supe lo que era la tristeza del oro...



Un día me enamoré de una niña encantadora.

— Con el oro, será tuya — me dijeron.

— Quiero su corazón — dije yo.

Y me trajeron su corazón manando sangre, caliente y palpitante todavía...

— ¡Pero y ella!?

— Ella, antes que ser tuya, quiso ser de la muerte.



Otra vez me cautivó el encanto de un ruiseñor y fué cazado y traído el ruiseñor de los bosques... pero el ruiseñor no quiso cantar en la jaula de oro.



Y en una ocasión en que se me agravó mucho aquella tristeza del oro, me dió por

enamorarme de una nube.

Y la nube me dijo:

— Vente conmigo a los cielos.

Yo la miré.

Y la nube siguió su camino y se perdió
en los espacios infinitos.



Abatido y dudando del poder del oro, me
íuí por el mundo hasta dar con la tierra
en donde más culto se le rendía. Y allí le-
vanté un palacio, rodeándome de servi-
dumbre y de otras gentes bien pagadas
que en todo me obedecían. Pero pude ob-
servar que aquellas gentes no era a mí a
quién servían, sino al oro mío, y, aunque
se llamaban, para agradarme, mis esclavos,
ví que no eran mis esclavos, sino esclavos del oro.

A cambio de oro obtuve sonrisas y pa-
labras cariñosas; pero no salían del cora-
zón aquellos halagos, y eran para mí oro
las sonrisas.



Entonces fué cuando, con todo mi oro,
me sentí más pobre que nunca.

Y fué cuando, casualmente, vino a mi casa a trabajar una pobre mujer.

— ¿Cuánto quiere usted ganar? — le pregunté.

— Lo que usted quiera, señor.

Encontré generosa a la pobre mujer. ¿Y de qué podía ser generosa, si la infeliz era tan pobre?

Una noche que me ví muy enfermo, retirado en mis habitaciones, llamé aflijido y nadie acudía. Mi servidumbre, como era a mi oro a quien servía, se entregaba al sueño, sin preocuparse de mí. Al cabo de un rato vino tan solo aquella pobre mujer. Ella no podía oirme, por lo alejado de su dormitorio; pero me dijo luego, que durante el día le pareció que yo no andaba bien de salud, que al acostarse se desveló un poco y que, cuando iba a dormirse, se le figuró que oía mi voz angustiada. Y entonces acudió. Y acudió solícita y compadecida.

Y pensé en aquella compasión generosa: era algo que no entraba en el precio convenido del salario... Era algo valioso de que la pobre mujer se desprendía magnánima, así como yo podía desprenderme de mi oro...

Me lamenté de la miseria mía en aquel momento, y de mi soledad en aquel palacio

tan grande, tan rico y tan lleno de servidumbre... Y la buena mujer al oírme exclamaba dolida:

—Es cierto ¡tan solo!... ¡pobre señor!..

“¡Pobre señor!...” consideraba yo. ¿Entonces qué riqueza era la mía? Yo, tan rico, era un pobre señor y aquella buena mujer, tan pobre, era quien generosa, acudía en mi socorro... ¿Cuál era la verdadera riqueza? la de las arcas llenas de oro, o aquella del corazón rebosante de bondad, de generosidad, de desprendimiento, de renunciación, de conmiseración, de tolerancia?

Y tuve en aquel momento el claro concepto de la única y verdadera riqueza: riqueza de corazón, riqueza del sentimiento.

Por eso los verdaderos ricos son tan ricos que nada ambicionan, que lo dan todo, que renuncian a todo.



Me sentí más triste desde aquel día en que me ví ¡tan solo! en medio de un palacio lleno de riqueza y de servidumbre y, por fin, abandonando aquella fría soledad, me eché de nuevo a correr mundo. Ahora mi viaje tenía un objeto muy diferente: ya no buscaba yo una tierra en donde fuese adorado el oro. Yo buscaba el país en don-

de se llama **Señor** al huésped fatigado y hambriento; en donde la sierva puede ser adorada como reina; en donde los huertos no tienen cercados, ni las casas puertas cerradas: y en donde el precio de las cosas es un sencillo "Dios te lo pague".



Y voy por el mundo caminando, caminando...

Y caminando me digo:

"¡Qué poco cuesta ser generoso de la verdadera riqueza"...

"¡Qué imponderable riqueza es aquella de que pueden hacer gala hasta los más pobrecitos!...

Y, a mi paso, ellos los pobrecitos, ponen en la santa palabra su opulencia y su desprendimiento:

"Salud, hermano".

"Venga a comer".

"Pase a descansar".

"Beba, beba el agua fresca de nuestra cántara".

"¡Vaya con Dios!"

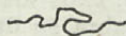
"¡Dios le guarde!"

Y sigo caminando, caminando...

A mi lado pasan desalados muchos hombres ciegos que corren en pos del oro... Yo les digo:

“¿A qué correis tanto, si la riqueza está en nosotros? La riqueza es la bondad, la amabilidad, el desprendimiento”...

Pero, los hombres en su mayoría, siguen corriendo, desalados y ciegos, y yo sigo caminando, caminando...



El sobre vacío

LUIS Tulio ,el hijo de Bonafoux, me dice en una carta:

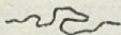
“Acompaño a la presente un sobre dirigido a Vd., que papá tenía sobre la humilde mesa de trabajo el día de su muerte (26 de Octubre)”.

¿Qué pensó escribirme el cronista incomparable? ¿Qué pensó escribirme que no escribió? ¿Pensó en la muerte? la sintió próxima y preparó el sobre para recoger en él un pensamiento ya hecho o una voluntad, postrera?

Los desolados hijos de Bonafoux, Luís y Ricardo, las hijas Lágrima y Clemencia (símbolo éstas, con sus nombres, del alma de su padre) habrán mirado con perplejidad este sobre vacío que no encierra nada, al parecer, y que contiene, con seguridad, el último pensamiento y el último suspiro de aquel gran corazón y de aquella sutil mentalidad.

Y yo también doy vueltas a este sobre en mis manos, mirándolo perplejo, y siento ante él un religioso respeto y la misteriosa certidumbre de que contiene algo...

— A mí vienes dirigido... destinado estabas a traerme pensamiento y corazón... ¿Qué encierras, sobre vacío?



Morir habemos

¡Y este loco afán!...

La vida es un momentito... quizás ese breve tránsito que dicen...

Si supiéramos con certeza lo que iba a durar nuestra vida, nos regiríamos en todo con una sensatez plausible.

Y diríamos:

¿A qué ambicionar tanto, si nuestra vida ha de ser tan corta? ¿Y a qué las violencias, los odios, la sordidez?

¡Bien, bien, — agregaríamos — accedemos, nos conformamos, nos resignamos, queremos reposo y armonía y un poco de cariño y de alegría y de paz!...

Y añadiríamos finalmente:

¡Bueno, bueno, renunciamos a todo: lo

que nos interesa es este poquito de vida!



¿Pero qué más certeza que la que ya tenemos del corto momento que ha de durar nuestra vida? No nos queda más que vivir el poco tiempo con aquella sensatez que tal certeza requiere.

Tomaremos, si es preciso, el ejemplo de un sentenciado a muerte. El sentenciado a muerte, a todo resignado, se encogerá de hombros... ¿Y qué somos todos, a más o menos plazo, sino sentenciados a muerte?

La única diferencia, entre uno que está sentenciado a muerte y otro que no lo está, consiste en que mientras el no sentenciado olvida la muerte, el sentenciado tiene bien presente que ha de morir...

Y, como lo tiene bien presente, dá la importancia que en verdad merecen a la muerte y a la vida.

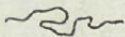


Y, si tomamos con serenidad la muerte, es muy bueno que no olvidemos que hemos de morir...

Pero no hagamos como aquellos (los sui-

cidas) que, impacientes por la lentitud de la muerte, se precipitan a encontrarla...

Triste impaciencia! No es tan largo el camino y tampoco tan cierto nada, como que Ella, la infaltable, ha de salirnos al encuentro.



Pertenézcale á

cada uno su vida

NO vivimos si no nos vivimos... y si no vivimos también, íntima y directamente, las cosas...

La verdadera vida está en lo íntimo, en el recogimiento, en el yo interior...

Hemos querido vivir la vida y, erróneamente, para ello, nos hemos salido de nuestra vida, y ya no hemos vivido.

Un gran hombre público decía lamentándose: "¡No vivo!"... ¡No me dejan vivir los demás!... ¡No soy dueño de mí mismo!... ¡Yo no mando en mi persona!... Tan requerido estoy, que muchas veces procedo como un autómatá y hago y digo las cosas maquinalmente"...

Y nosotros nos imaginábamos aquel hombre que no se pertenecía... que, siendo tanto para los demás, no era nada para sí mismo... y que tanto vivía en los demás y para los demás que, desviviéndose, no vivía...

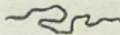


Hagamos cuanto nos sea posible por prescindir de los demás...

Porque no es propiamente de nosotros nuestra vida si está atendida a los demás, ni tampoco nos pertenece si hacemos que los demás estén a ella atendidos...

Cada cual que viva su vida y defienda su vida... No es lo humanitario sostener a los débiles manteniendo esta debilidad, sino el darles armas despertando su fuerza.

El altruismo, por excelencia, será el que procure que cada ser humano se baste a sí mismo.



El yugo y el deber

ES necesario trocar el humillante yugo por el honroso deber cumplido.

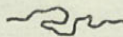
Dependemos de un salario y de un hombre: he aquí la desigualdad social, la esclavitud social.

Trabajemos lo mismo, pero cambiando las condiciones morales del trabajo:

Trabajemos, no por un salario, sino por la justa reciprocidad de beneficios sociales.

Dependamos no de un hombre, sino de la convicción de nuestro deber social.

Y así nos habremos redimido.



La ley de la gracia del cielo

VENDRÁ un día en que los hombres rectos promulgarán una ley que diga:

“Toda mujer en cinta, casada o soltera, será respetada y ensalzada y venerada. Toda mujer, por el hecho de ser madre, será sagrada; y el hijo en los brazos, o el noble signo de su visible estado de preñez, serán suficiente título y derecho para que pueda demandar donde quiera manutención y amparo. Y los que vean pasar una mujer con los signos de la maternidad, dirán: “Ahí va una elejida de Dios”. Y serán perseguidos y condenados los que abominen de la mujer porque no oculte lo que ellos llaman vergüenza y pecado, que no es otra cosa que galardón y gracia del cielo”.

AMÉN.

Indice

¡PADRE NUESTRO!	3
LA VOZ LEJANA	4
Estancias I	
La virtud más laudable...	6
Tratemos de gobernar nuestra razón...	6
Es frecuente que amemos...	6
Es tolerable el no amar...	6
No podremos disciplinar nuestros senti- mientos...	7
El amor está reñido con la perversidad...	7
Poco importa la podrida carne...	7
¡Qué suerte la de los perfectos!...	7
Los verdaderamente perfectos	7
Con gritos descompuestos...	8
Cuando yo sea bueno...	8
LA CONFESION SALVA	9
SEMBREMOS LAS IDEAS	10
NUESTRA RELIGION	13
LA LUZ INMORTAL	15
LA FE	16
PROFESION DE FE	18
LOS DIVINOS JUEGOS	21
EL ESPECTADOR	22
LOS OJOS DE LA JUSTICIA	25
EN LA CALMA	26

ONOMASTICA	27
EL PERRITO	29
LA DIVINA INCONSCIENCIA	32
EL GUSTO DE LA VIDA	35
LA SINCERIDAD	38
LA ESTABILIDAD DE LAS COSAS	40
LA FRIA RAZON	41
LO DEFINITIVO	42
PRINCIPIO DE JUSTICIA	43

Estancias II

Vengo en el tranvía y en la calle obser- vando las gentes	44
Con triste convicción...	44
La rotundidad, lo imperativo	
Probemos los que nos creemos buenos...	45
No es pecado no entender...	46
Es grave defecto de los talentudos...	46
Nos consideramos buenos...	46
La libertad...	47
Cuando nos vemos perdidos	47
No es el duro colchón...	47
¿No es tan pobre...	47
La riqueza, como el vino,...	48
La pobreza hace los ricos...	48
¿Podemos ser felices	48
La vida tiene un objeto...	48
Bondad, generosidad, altruismo:...	49
Abnegación...	49
Algunos raros	49
Tenemos días de una vida exterior...	49
LA IDEA	51

Estancias III

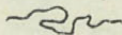
Me he quedado mirando a mi madre...	53
Hemos alcanzado la felicidad...	53
En ciega lucha material...	54
Cuanto más puedas prescindir del dinero...	54

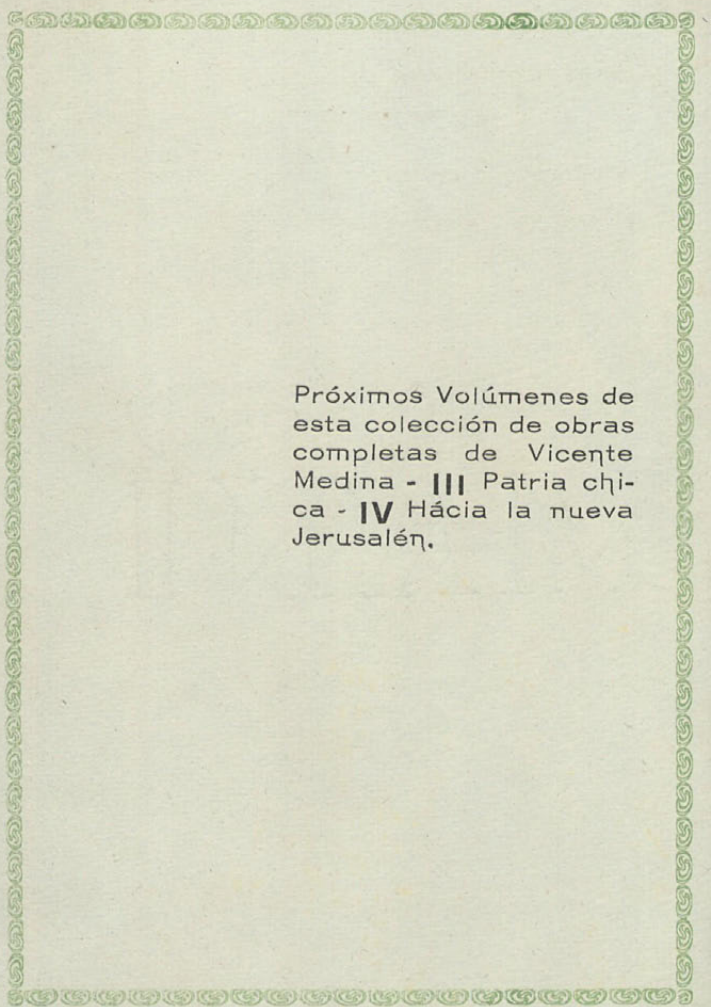
La mayoría de los ricos...	54
Creemos comprar los corazones...	54
La energía...	55
Solamente hemos visto besar nuestro dinero	55
Cuando la inestabilidad de las cosas...	55
La firmeza...	55
Y la firmeza y la voluntad...	55
No esperamos lo que naturalmente haya de venir...	56
Consideremos las miserias...	56
Seamos buenos por precepto y regla...	56
La cultura mental	57
Hay una verdad, quizás la única,	57
ASCETISMO	59
EL VIAJERO CANSADO	61
EL EXPLORADOR	64
EL REDENTOR ESFUERZO	66
SABIDURIA DEL DOLOR	67
LOS TEMPLOS	68
EL RUMBO DESCONOCIDO	70
A VIVA LUZ	71
¿QUE SON LAS IDEAS?	78
Y EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DA- NOSLE HOY	79
CONCIENCIA	80
SONAMBULO	81
ANSIA MORTAL DE VIVIR	83
SIEMPRE NACIENDO	85
APOLOGIA DE LA MENTIRA	86
A TRAVES DE NUESTRA LENTE	87
ALTO VUELO	88
TRAS DE LA VERDADERA RIQUEZA	90
EL SOBRE VACIO	97
MORIR HABEMOS	99
PERTENEZCALE A CADA UNO SU VIDA	102
EL YUGO Y EL DEBER	104
LA LEY DE LA GRACIA DEL CIELO	105

Obras Completas de VICENTE MEDINA

Volúmenes como el presente ya publicados

I VIEJO CANTAR (Versos de amor)





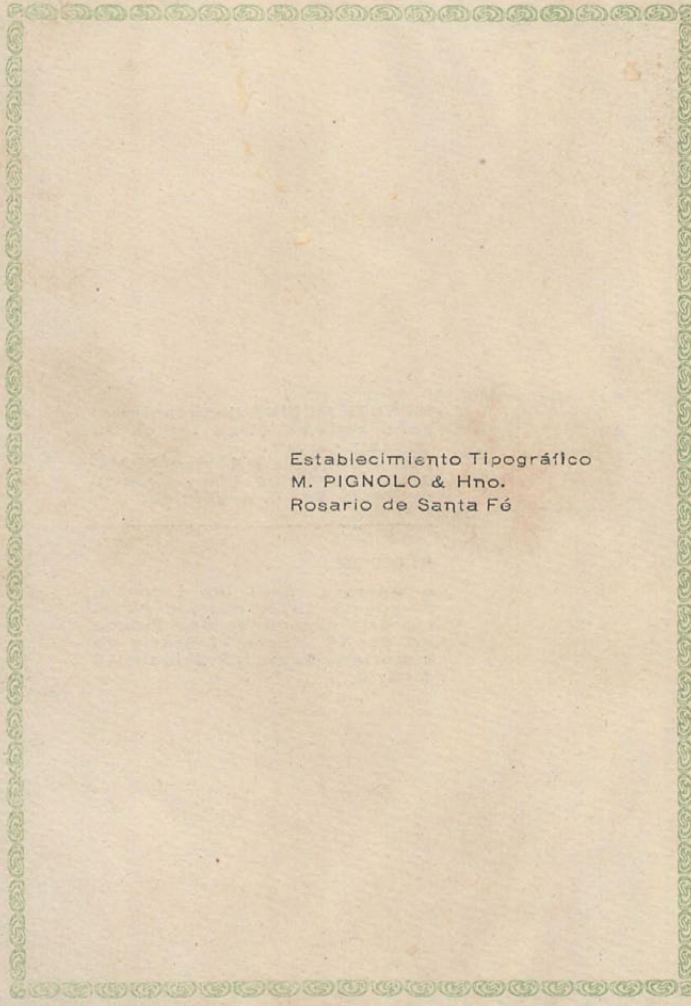
Próximos Volúmenes de
esta colección de obras
completas de Vicente
Medina - **III** Patria chi-
ca - **IV** Hacia la nueva
Jerusalén.

VICENTE MEDINA tiene material
para algunos otros tomos en
prosa y versos.

Correspondencia á Vicente Me-
dina - Entre Rios 958 - Rosario
de Santa Fé - R. Argentina.

PEDIDOS

á Agencia Gral. de Librería,
Rivadavia 1573, Buenos Aires.
Librería "Fernando Fé" Puerta
del Sol 15, Madrid - Librería de
Victoriano Suarez, Preciados 48
Madrid.



Establecimiento Tipográfico
M. PIGNOLO & Hno.
Rosario de Santa Fé



AYUN
DE
A R

EST^e

TAB^a

N.º

